

LEÓN ARSENAI

---

LAS LANZAS

ROTAS



SIXTO EL CELTIBERO

Sixto es un joven procedente de la pequeña nobleza celtíbera educado en uno de los principales núcleos de cultura romana, Tarraco, para posteriormente llegar a la edad adulta en la capital del Imperio, Roma. Cuando regresa a su patria se enfrenta al desarraigo, y la búsqueda y caza de un enorme oso que está atemorizando a la población, lo que le ofrece la oportunidad de hacerse un nombre. La aventura, la intriga, el misterio y la recreación de una época poco y mal conocida nos da la oportunidad de acercarnos a los ritos, mitos y creencias de los pueblos celtíberos.

# LAS LANZAS ROTAS

León Arsenal

*Esta novela debe especial agradecimiento a  
Alfredo Lara  
y Rosa Maroto, que echaron más que una mano  
en los momentos más difíciles del parto.*

## CAPÍTULO 0

El pelendón Coluso, además de un jefe entre los suyos, y dueño de mucho ganado, era también un hombre lleno de una tremenda curiosidad. Curiosidad que, siendo más joven, le había llevado a viajar por las tierras de los pueblos limítrofes, así como a alistarse en las legiones romanas. Y aún ahora, años después, rara era la vez que perdía ocasión de charlar con viajeros y mercaderes; a menudo les convidaba a beber y escuchaba fascinado sus historias sobre gentes y costumbres de países muy lejanos, y no se cansaba nunca de preguntarles.

En ocasiones también, sólo por capricho, se armaba y acompañaba al viejo Seddiano en sus andanzas por los bosques, ya que disfrutaba hablando con el viejo brujo, que era hombre sabio e iniciado en extraños secretos. Éste último aceptaba su compañía de buena gana; no porque quisiese ninguna escolta, sino porque también él era un alma inquieta, y le gustaba la conversación de aquel hombrón, a un tiempo amable y arrogante, que tanto había visto y oído.

Por eso, un cazador o un trampero bien pudiera haberse topado, por casualidad, con aquella pareja un día cualquiera, a comienzos de primavera, mientras deambulaban ociosos por las espesuras. Coluso portaba una gran lanza, más alta que él, así como dos dardos y un puñal, metidos en el cinto. El viejo Seddiano no llevaba sino su cuchillo afalcado, que era el que usaba para cortar las plantas. Caminaban sin rumbo fijo, buscando las hierbas que necesitaba el

brujo, charlando y disfrutando de un día tibio que, luego del invierno, se agradecía aún más.

El sol brillaba entre las ramas, la brisa agitaba las copas de los árboles y, en la profundidad de la arboleda, los contraluces temblaban al paso de la menor ráfaga de aire. Los arroyos del deshielo susurraban, se oía cantar a los pájaros y el follaje murmuraba. Aquella zona, como la mayor parte del territorio de los celtíberos pelendones, era agreste y muy boscosa, más pobre que las tierras de sus parientes sureños y orientales. Y Coluso, lanza en mano, andaba siempre alerta ante una posible aparición de ladrones y fieras, aunque el viejo no prestaba atención más que a sus plantas.

A veces éste último se detenía de golpe, dejando incluso una frase a medias, para arrodillarse junto a alguna especie vegetal en concreto. Estudiaba las hojas, los brotes, las flores; las acariciaba con sus dedos, incluso canturreaba, antes de decidirse a cortar o no un tallo con su cuchillo, de hoja semejante a una guadaña en miniatura. Coluso se quedaba aparte, apoyado en su gran lanza, y le contemplaba en silencio, con una mezcla de paciencia y respeto.

El viejo sabía de hierbas que curan y de maleficios que matan, de cómo invocar a los muertos y, lo que es más importante, de cómo alejarlos del sueño de los vivos. Era alto, de pelo blanco y piel renegrida por el sol y el viento. Vivía como si el tiempo no existiese y podía emplear cuanto hiciera falta en acariciar y murmurar a una planta, antes de cortarla y guardarla en su cesta; o levantarse e irse, dejándola intacta y sin dar explicación alguna a su acompañante.

Yendo de un lado a otro, parándose aquí y allá, fueron a salir a abierto: a unos prados que, con las lluvias, estaban llenos de hierbas y matas que casi les llegaban al pecho. Anduvieron calmosos por aquel mar de verdor, salpicado de flores amarillas, rojas, violetas, blancas, que se ondulaba a cada ráfaga de viento. Al fondo, a un centenar de pasos, se levantaba un poblado de chozas de piedras y adobes,

con techumbres de ramas, y, a esa distancia, oían claramente gritar a los chiquillos y ladrar a los perros.

El viejo hechicero se apartó, dejando a Coluso con la palabra en la boca. Pero, en esa ocasión, tras agacharse y escudriñar entre las hierbas unos instantes, reclamó a su compañero con gestos vivos. Éste se acercó intrigado, lanza en mano, y ya al primer vistazo también se arrodilló a mirar. Porque lo que había llamado la atención de Seddiano no era ninguna planta, sino una huella impresa en la tierra reblandecida por tanta lluvia.

—Un oso. —Coluso dejó resbalar sus dedos por la marca de la pata, valorando tamaño y profundidad—. Un oso muy grande. Y estas huellas son de lo más recientes.

Se incorporó y, perdida ya la indolencia, comenzó a rastrear las pistas a lo largo y ancho de la pradera, apartando a veces las hierbas con su lanza, para poder estudiar mejor el suelo. Seddiano se quedó arrodillado junto a la primera marca, acariciando sus contornos con expresión abstraída. Su compañero regresó junto a él al cabo de un rato, surcando la profusión de hierbas con el ímpetu de un toro.

—Ese oso venía del bosque, de allí. —Iba señalando con la mano—. Se quedó en la pradera bastante tiempo; fue de un lado a otro y las huellas se entrecruzan varias veces; pero acabó por marcharse por donde había venido.

El hechicero asintió, antes de ponerse en pie. Se quedó parado, pensativo, y se manoseó la barba, que era larga, blanca y sembrada de diminutos amuletos.

—¿Te has dado cuenta de lo grande que es?

—¿Cómo no iba a darme cuenta? Es un verdadero monstruo. Jamás había visto nada igual. —Coluso lanzó otro par de miradas a su alrededor—. ¿De dónde puede haber salido una bestia así?

—No es de esta vecindad, eso desde luego. Alguien le hubiera visto antes, o se habría topado con sus huellas, y lo hubiera contado. Y el boca a boca hace siempre más grandes a las fieras, no más pequeñas.

Coluso se echó a reír.

—¡Cuánta razón tienes! ¿Pero qué demonios hacía estar ese oso por aquí, tan cerca del poblado?

—Sacar tus propias conclusiones.

—A los osos no les gusta el olor del hombre. Pero éste da la impresión de que anduvo husmeando. —Sin duda, buscaba algún tipo de presa.

—Los del poblado no traen nunca el ganado a estos pastos...

Sin acabar la frase, Coluso se apoyó en su lanza y echó otra ojeada en dirección a la aldea. Ganadero y cazador, bien sabía él que los osos, como casi cualquier otra bestia salvaje, no importa cuál sea su tamaño, temen al hombre y lo evitan siempre que pueden, rehuyendo incluso aquellos lugares por donde pasan habitualmente.

Se alzó una nueva ráfaga de viento, que hizo ondularse los herbazales. Y, de nuevo, les llegaron los gritos de los chicos y los ladridos de los canes. Coluso movió la cabeza.

—No me gusta.

—Ni a mí. —El hechicero volvió a sobarse la barba blanca.

—¿Cuál es tu opinión de todo esto? —Coluso se volvió con respeto hacia el brujo, pues no le había pasado inadvertido cómo se había quedado junto a la primera de las huellas, palpándola.

—Digo que es muy mala cosa que una fiera se acerque tanto a un poblado, sobre todo cuando se trata de un oso viejo y muy grande. Esto es anuncio de alguna desgracia.

—¿Tú crees que podría llegar a atacar a alguien?

—No me cabe la menor duda. Tú mismo lo has dicho: vino como si el olor a hombre le atrajera, en vez de espantarlo.

—Entiendo que las manadas de lobos, en pleno invierno, se acerquen hasta el pie mismo de las casas. ¿Pero que lo haga un oso y ahora, en primavera? No me cabe en la cabeza.

Seddiano no respondió nada y el ganadero se quedó apoyado en su lanza, perplejo. Soplabla la brisa y la extensión verde, sembrada de rojos, amarillos y blancos, se ondulaba como las olas de aquel mar lejano por el que Coluso había navegado en su juventud, siendo mercenario de los romanos. Más allá, junto al poblado, vieron aparecer a tres hombres de mantos negros y lanzas, que se les quedaron observando con detenimiento. Ellos agitaron los brazos y los centinelas, al reconocerles, respondieron alzando sus armas, antes de marcharse.

—¿No pasan por aquí, a veces, las mujeres cuando van en busca de agua? —se preguntó de repente el viejo—. Más vale que avisemos a los del poblado, para que estén alertas.

—Es lo que hay que hacer, desde luego. Ese oso es muy grande. Aunque, claro, eso tiene su lado bueno. —Coluso sonrió, dejándose arrastrar por su temperamento algo fanfarrón—. Seguro que cazarle será algo interesante.

—Yo diría más bien peligroso.

—Es lo mismo, al menos para mí. No soy hombre al que le haya gustado nunca matar a enemigos débiles. —Se echó a reír—. No me disgustaría tener esa piel de oso entre mis trofeos.

—No seas tan temerario, amigo. A ver si lo que ocurre es que te conviertes en el almuerzo del oso.

—¿Qué es la vida sin riesgos? Y no me llames temerario, porque tú, a tu manera, lo eres bastante más que yo.

—¿Yo? —Ahora fue el hechicero el que se echó a reír—. No digas tonterías, hombre.

—Sí, tú. Tienes la costumbre de salir a despoblado, solo y sin armas, y no me digas que eso es de hombre prudente.

—¡Bah! Tengo que recoger mis plantas y llevo haciéndolo así desde antes de que tú nacieras. Y mis maestros lo hacían en igual forma antes que yo. Nunca he tenido un mal tropiezo.

—Razón de más para que tomes algunas precauciones, porque la suerte no dura para siempre. Cualquiera día de estos, unos ladrones te van a esperar en el bosque y te van a cortar la cabeza.

—Todos tienen miedo de las brujerías del viejo Seddiano, que sabe cómo levantar a los mismos muertos. — Se permitió una sonrisa burlona y, al acariciarse de nuevo la barba blanca, dos de los pequeños amuletos tintinearón muy leve—. Además, ¿qué me iban a robar? ¿Mi cesta, mi cuchillo?

—No sólo están los bandidos —insistió el otro, al hilo de una discusión que ya habían mantenido cien veces—. Hay que tener cuidado con las fieras y, si no, mira esas huellas.

—Poca tajada iban a sacar de mí.

Coluso le contempló hastiado. La gente decía, como decía de tantos otros brujos, que los animales respetaban al viejo Seddiano, y que muchos incluso acudían a lamer sus manos. Pero él nunca había visto nada de todo eso y el viejo nunca había confirmado o negado tales rumores.

—Este oso no es como los demás de su especie, Seddiano.

—En eso estamos de acuerdo.

—La pregunta es: ¿será peligroso?

—Lo es, y mucho. Lo noto con sólo tocar sus huellas, Coluso. Créeme.

—Te creo, ya lo sabes. ¿Y qué has notado?

—Ese oso trae la muerte. Muerte roja.

El ganadero hizo un gesto para espantar los maleficios.

—Los antepasados nos guarden de todo mal. Si este oso vuelve a dar señales de vida, habrá que salir a cazarle. No podemos dejar que ande suelto, para que ronde cerca de los poblados y acabe comiéndose a alguien.

—Hay que cazarle, sin duda. Pero yo, en tu lugar, quizá me mantendría alejado lo más posible de este animal.

Su interlocutor se le quedó mirando y, por un momento, sintió algo así como un roce muy frío, porque era hombre supersticioso. Repitió el gesto contra el mal.

—¿Por qué dices eso, padre? ¿Es un aviso? ¿Acaso has recibido alguna señal?

Pero el viejo no hizo otra cosa que sonreír, de nuevo con suavidad. Aquélla era su costumbre inveterada, la de evitar admitir o negar los poderes que la gente le atribuía. Volvió los ojos al bosque. Ahora, el día era claro y la pradera estaba llena de luz primaveral. Pero allí, bajo la cúpula de los árboles, todo estaba lleno de penumbras quietas, estremecidas a veces por la brisa, y se veía cómo las motas de polvo danzaban en las líneas de claridad que se filtraban por entre el follaje.

Meneó la cabeza, solemne y muy despacio.

—Mira, Coluso. Yo sólo puedo decirte esto: tengo la impresión de que harías mejor no yendo a cazar a ese oso. Pero no lo consideres ningún vaticinio y sí un consejo de alguien más viejo y que te quiere como amigo. Sin embargo tú, llegado el momento, haz por supuesto lo que creas que debes hacer.

## CAPÍTULO 1

Desde la parte más alta de Gémina, en los días claros, Sixto podía divisar grandes extensiones de terreno que se abrían más allá de los tejados y las murallas de la ciudad. Sembrados, dehesas y, aún más lejos, los bosques. Bosques aparentemente interminables de robles, hayas, castaños; oscuros e impenetrables, como un mar ondulado de árboles que lo cubría todo, en todas direcciones, hasta donde podía llegar la vista.

A veces, alguno de sus parientes le requería para llevar algún recado a alguno de los poblados cercanos; y entonces él, si podía, salía solo, a caballo y armado, al camino. Porque, por alguna razón, disfrutaba de veras en tales ocasiones, cabalgando sin compañía alguna por las sendas del bosque, entre los contraluces del follaje, atento al menor indicio de lo que pudiera ser una amenaza, y sintiendo en la piel ese cosquilleo que produce saberse en cierto riesgo.

Era inevitable que, a la vuelta, los suyos le recriminaran por arriesgarse de una forma tan gratuita; porque las fragas estaban plagadas de bandidos, brujas y fieras, y se habían tragado a muchos viajeros solitarios. Pero Sixto de sobra sabía también que a su parentela, muy en el fondo, tampoco les disgustaba tanto esa actitud algo temeraria, por más que les inquietase; ya que, entre celtíberos, nunca habían dejado de apreciarse los alardes y los gestos temerarios.

Además, había pocos entretenimientos en Gémina; al menos, pocos para alguien que venía de las grandes urbes romanas. Por mucho que algunos magnates locales, entre

ellos el padre de Sixto, vivieran a la romana y hubiesen financiado la construcción de un puñado de edificios públicos —unas termas, un foro—, aquélla no era más que una población pequeña, perdida en la inmensidad agreste de la Celtiberia.

Una urbe provincial, donde casi todo el mundo vivía aún en casas de piedra tosca, con techos de entramada y barro. Los hombres lucían sayos negros y grandes barbas, a la vieja usanza, y muy pocos allí sabían hablar latín. No sin razón, los fundadores de esa ciudad de nuevo cuño le habían dado el nombre de Gémina —la doble—; el lugar donde se entremezclaba lo viejo y lo nuevo. Y así, al lado de aquellos pocos que, asentados en la parte alta de la ciudad, trataban de imitar, en mayor o menor medida, a los conquistadores romanos, estaba una mayoría empeñada en vivir tal y como lo habían hecho siempre sus feroces antepasados.

La existencia en la remota Gémina era oscura y rural, o así le resultaba a Sixto, que se había criado primero en Tarraco, en la costa, y más tarde en Italia. Los quehaceres cotidianos se regían por los ciclos del ganado y los cultivos, así como por ritos y festividades de enorme antigüedad, y él trataba de matar el aburrimiento con lecturas, paseos, caza y frecuentes visitas a las termas.

También estaban las audiencias en la casa familiar, que servían para aliviar algo la monotonía. Silo, padre de Sixto y jefe de la familia, había adoptado esa costumbre romana de atender en su propia casa a los deudos de la misma. Sus clientes —todos aquéllos ligados a él por juramentos e intereses— le visitaban cada cierto tiempo, cargados de peticiones y obsequios, y el patriarca los recibía a todos, con cortesía antigua, despachando con ellos toda clase de negocios.

Aquella mañana tenía lugar una de esas visitas y Sixto, recién vuelto de las termas, acudió al patio apenas saberlo. Muy de vez en cuando, algún viajero llegaba a la ciudad e iba a saludar a los magnates locales, llevando noticias so-

bre la lejana Roma, o acerca de alguna de las muchas tierras que ésta dominaba.

Pero aquel día no se encontró con ningún peregrino, y sí con tres pastores barbudos y renegridos por el sol, los cuerpos envueltos por los tradicionales mantos negros. Estaban los tres en pie, discutiendo acaloradamente con Silo, que les respondía con el ceño fruncido y grandes gestos, sin levantarse de su sitial de madera tallada. Silo tenía ya los cabellos casi blancos y, pese a su túnica y manto —unos ropajes híbridos, a medio camino entre lo romano y lo indígena—, jamás había llegado a afeitarse la barba, como tampoco había sido nunca capaz de asumir esos modales majestuosos que, se supone, han de distinguir a un ciudadano romano de buena posición.

—¡Una yegua preñada! —rugía fuera de sí, golpeando con la palma abierta el brazo de madera de su silla—. ¡Por Epona! ¡Perder una yegua de buena raza y encima preñada! ¡Maldita, maldita sea!

Los pastores cruzaban miradas de reojo y removían los pies, apurados. Por lo que el recién llegado pudo saber enseguida, un oso había dado muerte, y se había comido en parte, a una yegua propiedad de Silo y que estaba al cuidado de aquellos tres. El viejo patriarca, apegado a la tierra, los árboles y, sobre todo, al ganado, rebotaba de furia, aunque más contra la fiera que contra aquellos tres deudos suyos.

En cuanto a Sixto, criado en ciudades y entre romanos, miraba todos aquellos asuntos con bastante más desapego. Al fin y al cabo, Silo era dueño de multitud de animales y, además, los ataques de alimañas al ganado, o incluso a personas, eran una moneda bastante corriente en aquellas tierras agrestes.

—¡Una yegua preñada! —clamaba a gritos destemplados el amo de la casa, dándose tirones a la gran barba blanca.

—Era un oso muy grande; enorme diría yo, si tengo que hacer caso a las huellas que encontramos —farfulló el más viejo de los pastores—. Debe ser el mismo que mató a esas cuatro vacas el mes pasado.

—¡Cuatro vacas! —dijo un brinco en el asiento—. ¿Nuestras?

—No. Tengo entendido que eran de...

—¡No me importa de quién eran, hombre! —vociferó—. ¿O es que esperas que me consuele de la muerte de la yegua con las pérdidas de los demás?

—Desde luego que no, Silo. —El más viejo cruzó, con paciencia, los brazos sobre el pecho, con ese trato familiar que tanto chocaba a alguien como Sixto, acostumbrado a unas relaciones mucho más formales entre gentes de distinto peldaño social—. Lo que trato de decirte es que por esta vecindad anda suelto un oso muy grande, y que ya ha matado a unos cuantos animales. Un oso que, o yo no sé nada de esto, o es viejo y resabiado, y que le ha cogido el gustillo a la carne fácil. Seguro que vamos a sufrir más muertes de ganado, y suerte tendremos si no acaba comiéndose a alguien.

—¿Un oso viejo, eh? Pues entonces lo que hay que hacer es darle caza y sin pérdida de tiempo, antes de que tengamos una desgracia mayor.

—¿Crees que no lo intentamos? En cuanto encontramos los restos de la yegua, mis hijos, unos cuantos vecinos y yo salimos en su persecución. —Miró a los otros dos pastores, que agitaron la cabeza a la vez—. Le seguimos el rastro durante un largo trecho; pero ese oso no se quedó por la vecindad; la pista se metía en el bosque, más y más, y al cabo tuvimos que volvernos. ¡Pero qué más me hubiera gustado que traerte la piel del oso, en vez de venir a darte explicaciones con las manos vacías!

—¡Ah, vamos hombre! ¡Eso ya lo sé! —Aplacado de súbito, el amo de la casa se recostó en su asiento tallado, y se pasó la mano por la barba, con un suspiro—. Nadie ha di-